

# EL ECOLOGISMO, UNA ESTRATEGIA DE EDUCACIÓN AMBIENTAL

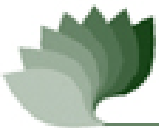
**Llauguer, Aina**

*1998*

**Aina Llauguer** es responsable del Servicio de Educación Ambiental y secretaria general del Grup Balear d'Ornitologia y Defensa de la Naturalesa (GOB)

Este texto fue presentado en las Jornadas L'Educació Ambiental a l'escola, al treball i al carrer, celebradas en Can Tàpera (Mallorca del 15 al 17 de noviembre de 1996)

Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo. El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley. El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](#)



Es bien sabido y reconocido que el origen de la educación ambiental está muy ligado al propio origen del ecologismo y, especialmente, a su influencia social. El ecologismo es el movimiento social que da la voz de alarma sobre los problemas ambientales de nuestro planeta, actúa para buscar soluciones y trata de frenar el avance de la degradación del medio. Este movimiento social ha ejercido una importante presión en el mundo de la educación, propiciando, conjuntamente con otros factores (movimientos de renovación pedagógica, programas de las instituciones internacionales, etc.), el nacimiento y desarrollo de la educación ambiental.

También es bastante evidente que el movimiento ecologista tiene, entre sus principales objetivos, la divulgación de todo lo relacionado con el medio ambiente (valores, características, problemática, alternativas, etc.) y la educación de los ciudadanos en favor del medio. El ecologismo como movimiento social pretende extender la concienciación sobre la problemática ambiental, transmitir información y conocimientos sobre el medio, y propiciar la participación ciudadana, tanto individual como colectiva, en la toma de decisiones que afecten al medio ambiente. En definitiva, se trata de motivar un cambio de valores que pueda transformar nuestra sociedad y hacer posible la salida de la actual crisis socioecológica.

Los objetivos del movimiento ecologista coinciden con los objetivos de la educación ambiental, tal y como quedaron ya recogidos en el año 1975 en Belgrado. Incluso, podemos afirmar que el ecologismo es una forma de hacer educación ambiental que pone el acento en la participación colectiva y en la resolución de los problemas ambientales.

Aún así, la mayor parte de los documentos oficiales, manuales o bibliografía tienen en general unos planteamientos muy escolares y muy clásicos; gran parte de la teorización y la investigación sobre educación ambiental trata sobre la escuela, los equipamientos, recursos...

Sin embargo, actualmente se insiste mucho en que el enfoque metodológico básico de la educación ambiental ha de ser el ejercicio de la toma de decisiones, y su finalidad, su razón de ser, la resolución de los problemas ambientales y la transformación de la sociedad. Las decisiones humanas que pueden afectar al medio ambiente tienen una dimensión individual y una dimensión colectiva. A pesar de que esta dimensión colectiva ha sido reconocida, la práctica totalidad de las definiciones, y los documentos básicos de la educación ambiental, la mayor parte de los programas y experiencias de educación ambiental que se han llevado a cabo hasta ahora trabajan más la dimensión individual de la toma de decisiones (ahorro de agua y energía, respeto a los animales y las plantas, colaboración en la recogida selectiva, consumo responsable, etc.). La dimensión colectiva de la toma de decisiones que afectan al medio ambiente es olvidada en muchos proyectos de educación ambiental, pero es precisamente uno de los aspectos que más se trabaja desde el ecologismo, especialmente en su faceta reivindicativa y de voluntariado.

No se trata, pues, de preguntarnos si el movimiento ecologista hace o no hace educación ambiental, si la debería hacer o no, sino cómo debe hacerla para hacerla bien, qué estrategias aplica y cuáles son sus ámbitos propios de actuación. La educación ambiental no debe entenderse como un complemento a las actividades típicamente reivindicativas que hacen las asociaciones (hacer proyectos para niños y jóvenes, organizar cursos, editar folletos...), sino que debería contemplarse toda la actuación ecologista como una forma de hacer educación ambiental.

Las asociaciones ecologistas realizan a menudo actividades consideradas "estrictamente" educación ambiental (actividades escolares, charlas, actividades para niños y jóvenes, publicaciones, etc.). Dentro del ámbito de la educación formal, el servicio de educación ambiental del GOB, por ejemplo, realiza desde hace años actividades de apoyo a los centros: charlas, talleres, itinerarios... Los temas sobre los que se trabaja son aquellos que consideramos prioritarios en la problemática ambiental de nuestras islas: los residuos, el agua, la energía, el territorio, la conservación de la naturaleza y el consumo. Durante los últimos cinco años el GOB ha llegado a unos diez o quince mil alumnos cada curso. Además se realiza una tarea de asesoramiento y aportación de información, documentación y recursos educativos a todos los enseñantes que lo solicitan. El GOB funciona, en la medida de sus posibilidades, como un centro de recursos de educación ambiental.

En los dos últimos cursos se ha iniciado también un nuevo ámbito de trabajo en educación ambiental: la realización de actividades extraescolares, es decir, actividades en los centros de enseñanza pero fuera del horario lectivo. Con estos grupos se trabaja la educación ambiental de



forma lúdica y participativa, y también de forma continuada (los grupos son estables durante todo el curso escolar).

Todavía es más frecuente que las asociaciones ecologistas trabajen en el ámbito de la educación ambiental no formal. Por poner algunos ejemplos, el GOB realiza cada año decenas de charlas, conferencias y mesas redondas dirigidas a todo tipo de público; participa en programas de radio semanales de carácter divulgativo; organiza excursiones para adultos y para el grupo de niños del GOB (estas últimas con un claro objetivo educativo): realiza publicaciones sobre temas ambientales (folletos, revistas y incluso libros), exposiciones, cursos de divulgación sobre la naturaleza y cursos de formación más específicos, como por ejemplo los cursos sobre medio ambiente dirigidos a trabajadores de hostelería o el curso de formación de educación ambiental realizado en noviembre de 1996.

Además de estas actividades y estrategias educativas más clásicas (ya sea dentro del ámbito formal o el no formal) pensamos que la actividad típicamente reivindicativa de las entidades ecologistas y otras organizaciones no gubernamentales (asociaciones de vecinos, organizaciones de cooperación, etc.) también tiene un carácter educativo, ya que incide en la dimensión colectiva del ejercicio de la toma de decisiones que afectan al medio ambiente, y educan a sus miembros y a la sociedad en general en la práctica de la toma de decisiones.

Las campañas consideradas normalmente reivindicativas normalmente no son estudiadas ni analizadas en los manuales y documentos de educación ambiental, incluso la expresión *campaña reivindicativa* se considera ajena al mundo de la educación y se asimila a la propaganda, el panfletismo o el dogmatismo. Pero desde nuestro punto de vista una campaña (aún cuando evidentemente no cualquier actuación se puede denominar así) tiene también un carácter educativo.

De hecho, entendemos como campaña una actuación programada y estructurada, con unos objetivos, actividades y métodos de evaluación, destinada a resolver o intervenir en un problema o conflicto ambiental, con la implicación y la participación de los ciudadanos.

Es decir, las campañas y actuaciones propias de las asociaciones en general pueden reunir una serie de elementos para ser consideradas intervenciones educativas: responden a una programación previa perfectamente estructurada, tienen objetivos de transformación social y cambio de las personas, pretenden propiciar la participación de los ciudadanos en la toma de decisiones que afectan al medio ambiente y educar para esta participación. Estas campañas, además, están consiguiendo, de hecho, junto a muchos otros factores, un cambio de actitud de la población respecto al medio ambiente, uno de los objetivos de la educación ambiental.

Veamos con más detalle esta estructura propia de las campañas. Los objetivos de estas actuaciones suelen ser de tres tipos:

- Parar una agresión al medio ambiente, resolver un problema ambiental, intervenir en un conflicto entre el desarrollo y el entorno
- Presentar alternativas a la situación conflictiva que no supongan la degradación del medio y mejoren la calidad de vida.
- Hacer participar a los ciudadanos en la resolución del problema e implicarlos en la puesta en marcha de las alternativas

Las actividades a fin de conseguir estos objetivos también pueden clasificarse en tres apartados:

- Actividades de divulgación y sensibilización: son todas aquellas actuaciones destinadas a difundir el problema o situación conflictiva que se quiere abordar: publicaciones, charlas, difusión en los medios de comunicación, actos públicos diversos, exposiciones, etc.
- Actividades de presión o protesta: acciones destinadas a llamar la atención de la opinión pública y, muy especialmente, a presionar a los responsables del conflicto que se pretende resolver para forzarles a modificar su actuación: acciones directas, movilizaciones, recogidas de firmas, cartas, etc.



- Actuaciones jurídicas: iniciativas de carácter legal ante las instituciones públicas y los tribunales: presentación de alegaciones, denuncias, contenciosos, etc.

Existe una relación evidente entre estas categorías: una actuación divulgativa puede ejercer una presión sobre los responsables de un tema; una movilización o una denuncia también contribuyen a divulgar un problema... Las campañas se deben estructurar con una correcta distribución de actividades, de forma que en conjunto se difunda el problema y sus alternativas, se impliquen los ciudadanos y se consigan modificar las actuaciones y decisiones de los responsables últimos de la toma de decisiones.

Uno de los aspectos más dificultosos es, como de costumbre, la evaluación. Estamos hablando de resultados difusos, a medio y largo plazo, con multitud de actores. Se deben evaluar los objetivos, pero todos los objetivos, no sólo la resolución o no del conflicto. Debemos tener en cuenta el grado de implicación de los ciudadanos, la aceptación social de las alternativas, los cambios de actitud de las instituciones o empresas, para valorar el éxito o el fracaso de una campaña. Esto lo debemos hacer a menudo de forma indirecta, mediante indicadores sociales: la presencia en los medios de comunicación, la asistencia a actos públicos, cambios de hábitos de consumo, declaraciones de políticos o empresarios, demanda de información sobre la materia, etc. Sea como sea, es importante que las organizaciones no gubernamentales establezcan métodos de evaluación de sus actuaciones y de corrección de estrategias en función de los resultados que se obtengan.

En cualquier caso, con objeto de mejorar las campañas y sus resultados, aquí presentamos algunas propuestas:

- Se debe dar siempre una dimensión participativa a las campañas: las entidades no se pueden convertir en meras oficinas de denuncia o en simples lobbies de presión.
- Además de información se deben aportar vivencias a las personas, llegar a su dimensión emocional.
- Las campañas se deben abrir en contenidos, métodos y actividades, para no llegar siempre a una minoría ya concienciada.
- Se deben transmitir mensajes positivos y con alternativas y huir del catastrofismo que a menudo genera pasotismo e impotencia frente a los problemas.

Es evidente que las asociaciones ecologistas, y otras, deben mejorar mucho su forma de actuar para que su intervención sea realmente educativa, pero el potencial es inmenso. Mediante la participación en las ONG's los ciudadanos asumen un auténtico compromiso, participan realmente en la resolución de los problemas y su actuación constituye una vivencia que consigue cambiar actitudes y valores.

Como cualquier otra cosa en nuestra sociedad, la educación ambiental no puede quedar sólo en manos de las instituciones públicas o de las empresas privadas, sino que el protagonismo ha de pasar a los ciudadanos, a los ciudadanos organizados y comprometidos con su realidad.